



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

Esta urbe grandiosamente artística, dueña de todas las maravillas arquitectónicas, de todas las maravillas del arte, de todo lo coloso, reclama la mayor atención de todos los suyos, de todos los españoles, que honra es Toledo de toda la patria hispana.

Necesita de un respeto más religioso, más venerado, porque le merece, porque la obra colosal de todos los grandes hombres, que fueron y que por su labor que vive con radiante esplendor, existen todavía, es acreedora a que todos los hombres, sin distinción alguna, a que todas las generaciones consagren su veneración santa a ellos.

Legítimo orgullo de un pueblo.
Galardón de una raza.

(De la época de Cervantes).

Cristóbal de ROJAS

Habían ya pasado aquellos días que, según Horozco, «nunca los vivos vieron ni oyeron decir que jamás en esta ciudad, por cosa ninguna, tanta fiesta ni tanto regocijo se hiciera», y no obstante, por la barriada de Santo Tomé, aún dejábanse escuchar manifestaciones de alegría; no ya por la reducción de Inglaterra al gremio de la Iglesia Católica, pero sí por un fausto motivo para los vecinos de la plaza de Fuensalida; como que había sido cristianado un nuevo vástago de la familia Roxas, que tan querida era en aquel barrio! (1555).

Años después un rapazuelo, vivaracho y desenvuelto, era recomendado al Catedrático Alonso de Cedillo, y la facilidad con que se producía el muchacho, la despejada imaginación y asidua laboriosidad que en todos estudios demostraba, hicieron que tan culto y severo Profesor guardara deferente predilección por tan elogiabile «número uno» del Colegio de Santa Catalina (1567).

Hacíase preciso encaminar a Cristóbal hacia concreto derrotero. Su padre no estaba tan holgado de fortuna que le permitiera graduar a su hijo de jurisprudencia, ni, recordando sus decididas inclinaciones, deseaba que «a la guerra le llevara la necesidad», y en esta lucha parece que padre e hijo convinieron con Francisco de Guzmán, que éste le pondría al corriente en el arte de imprimir (1575).

Quedara o no Cristóbal en casa del impresor, lo cierto es que entre el laberinto de sillares que labraban expertos canteros «para el avanzamiento de la fachada del Alcázar, por la parte que mira a San Miguel», encontrábase el mozalvete eslabonando preguntas y entablando instructivas discusiones con los obreros.

No hubo ya otro remedio que encauzar sus inclinaciones, y recomendado a «Juan de Herrera dióle paso a la cantería como viera en el joven disposición para la arquitectura», y en las obras del Alcázar toledano, y luego en las del Monasterio del Escorial, hízose apreciar de Herrera porque «en Xponal había un grande auxiliador».

Pero hubieron de implantarse economías en las obras del escurialense Monasterio y Cristóbal de Rojas, con cartas de recomendación suscritas por Herrera, emprendió el camino hacia Sevilla, donde encontró favorable acogida, tanto por Juan de Mijares, que le facilitó ocupación en la Casa de la Moneda, como por Marcos Pérez, que le proporcionó algunos destajos en las obras del Hospital de la Sangre (1587). Y allí, en Sevilla, con tan buena fortuna comenzó sus tareas, fué aumentando tan en alto grado su crédito de constructor, que él mismo, en un discurso que el año 1611 dirigió a S. M., recordaba con cariño que había llegado a ser Maestro mayor de las Fábricas de la ciudad.

A la vuelta de un viaje que hizo por la costa andaluza visitando distintas obras, dióse a conocer a Fray Tiburcio Espanochi, que había estado en Gibraltar y Cá-

diz inspeccionando las fortificaciones, y habiéndose ofrecido a Rojas que le recomendaría al Consejo, Rojas, ni corto ni perezoso, lió el hatillo, tercióse la espada, pues como hidalgo siempre se trató, calóse el fieltro y, a la zaga del Comendador Espanochi, siguió hacia la cortesana ciudad dispuesto a no separarse de su providencial protector, hasta conseguir un puesto entre las huestes de la Católica majestad española.

Brindósele con una plaza de Maestro Mayor de Fortificaciones, denominación que, hasta las postrimerías del siglo XIX que se cambió por la de Maestro de Obras Militares, vinieron gozando los auxiliares facultativos de la ingeniería militar; pero como quiera que al igual que hoy, a la designación había de preceder demostración de aptitud, Espanochi, con la más elogiabile diplomacia, después de haber reconocido en persona la cimentación de las fortificaciones de la capital de Navarra, encomendó a Cristóbal de Rojas análoga comisión; e indudablemente debió ser «de buen aprecio lo informado por el Maestro Rojas», cuanto que Espanochi le animó a que pidiera «plaza que estaba vaca en Cádiz»; y, conforme al dictamen del Capitán General de Artillería, se le nombró Maestro Mayor de Fortificación de Cádiz, con diecinueve escudos de sueldo al mes, que a los dos años se le aumentaron a veinticinco (1589).

Entonces, como ahora, aquellos auxiliares suplían servicios de Ingenieros, y dadas las especiales condiciones del Maestro Roxas, «con oficios de ingeniero»,